

# Un centenario para Nicanor Parra

Ramón Gerónimo Olvera

Disfruto más ver los preparativos en torno a un acto de prestidigitación que la desaparición misma de la moneda. En la magia poética de Nicanor Parra sucede lo mismo: por un lado nos hace un guiño distractor, vociferante, imaginativo, lleno de analogías disparatadas:

Como queda demostrado, el mundo moderno se  
[compone de flores artificiales  
Que se cultivan en unas campanas de vidrio parecidas  
[a la muerte

Está formado por estrellas de cine,  
Y de sangrientos boxeadores que pelean a la luz de  
[la luna,  
Se compone de hombres ruisseñores que controlan  
[la vida económica de los países  
Mediante algunos mecanismos fáciles de explicar;

Prestidigitación pura: “dónde quedó la bolita, dónde quedó la bolita”, nos grita el poeta en la cara en una enumeración caótica que hace hablar a nuestro tiempo. Parra nació en 1914 y el día 5 de septiembre llegó a los cien años. Parra arriba a su centenario, vivo, de pie y con una misteriosa moneda en los bolsillos, que le ha permitido ganarle muchos volados a la muerte, entre ellos haber sobrevivido al infame Pinochet, quien mandó quemar su casa recién comprada.

En Parra hay una postura política en su estilo socarrón e hiriente; así sintetiza las consecuencias de la dictadura: “De aparecer apareció / pero en una lista de desaparecidos” y, a diferencia de su hermana Violeta, es mucho más desencantado de la lucha revolucionaria: “Cuba sí, yanquis también” (1970). “La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas” (1972).

“Hasta cuándo van a seguir fregando la cachimba / yo no soy de derecha ni de izquierda / yo simplemente rompo con todo” (1972).

No dejemos que el prodigio de lo político nos distraiga del elemento central que hay en Parra, mismo que parte de la imposibilidad de encontrar una esencia humana. Empresa que para Jean-Paul Sartre necesitó un extenso marco teórico, en Parra se asume como desparpajo cotidiano, sin que necesite de la pastosa fenomenología para ser respaldado. El poeta nos dice:

Ya que nosotros mismos no somos más que seres  
(Como el dios mismo no es otra cosa que dios)  
Ya que no hablamos para ser escuchados  
Sino que para que los demás hablen  
Y el eco es anterior a las voces que lo producen,  
Ya que ni siquiera tenemos el consuelo de un caos  
En el jardín que bosteza y que se llena de aire,  
Un rompecabezas que es preciso resolver antes de  
[morir

Para poder resucitar después tranquilamente  
Cuando se ha usado en exceso de la mujer;  
Ya que también existe un cielo en el infierno,  
Dejad que yo también haga algunas cosas:  
Yo quiero hacer un ruido con los pies  
Y quiero que mi alma encuentre su cuerpo.

Pero volvamos al tema de la muerte y los volados. Alguien día la calaca —como a todos nosotros— le terminará ganando la disputa a nuestro poeta. Pero eso qué importa: Parra estará feliz, volátil y panteísta se escurrirá entre tanta palabra que nos ha dejado, ya que son el único truco donde engañamos a ratos a la muerte. **U**